

# DELIMITACION DE LOS CONCEPTOS DE LATIN CLASICO, TARDIO, VULGAR...

por Maurilio PEREZ GONZALEZ

Frecuentemente se tiene una idea global y granítica sobre muchas materias, ajenas o adyacentes a la especialidad propia de cada uno. Y no es de extrañar. Tal es el caso, en el ámbito lingüístico, de la idea que se tiene del griego. Para el no especialista, el griego suele ser, simplemente, aquella lengua no hablada estudiada en el Bachillerato y acaso en la Universidad; a lo peor se desconoce que tal griego es sólo el griego ático y, por consiguiente, la existencia del griego micénico, tesalio, beocio, de la koiné, etc., variedades a veces tan dignas o más que el griego ático. Así Safo, Alceo, Píndaro y otros muchos escribieron en griego, pero no precisamente en griego ático.

También es el caso del latín, lengua que con harta frecuencia se suele considerar restringida a lo que propiamente sólo es latín *clásico*. Ello supone un olvido total del latín *tardío, vulgar, cristiano, medieval y humanístico*. Y no debe ser así: cada variedad tiene sus peculiaridades y posibilidades. Así, el latín *vulgar* es infinitamente más importante que el clásico para todo aquél que desee acercarse al estudio de las lenguas romances. El latín *medieval* es básico para el estudio profundo de la época histórica correspondiente, aparte de que el volumen de textos en latín *medieval* supera en unas mil ochocientas veces al de textos en latín clásico (1). A pesar de lo cual el número de estudiosos del latín *medieval* respecto del latín *clásico* es inversamente proporcional al del volumen respectivo de textos: hasta entre los propios especialistas del latín hay variedades que sufren postergación en beneficio de otras, principalmente del latín *clásico*, que desde siempre ha sido más y mejor conocido.

Nuestra intención al emprender este artículo podría parecer a priori pretenciosa. Y es que delimitar conceptos como los enunciados en el título es una tarea nada fácil. Aparte de intentarlo, en lo posible, nos anima la idea de poder interesar en las variedades menos conocidas del latín.

---

(1) M.C. DIAZ y DIAZ, *El latín medieval* (conferencia), "Seminario de latín no clásico", 1979, Valladolid. (Inédita).

\* \* \*

Generalmente, el concepto del latín *clásico* parece tan claro, que no precisa ser definido. Sin embargo, existe gran confusión entre éste y otros conceptos más o menos cercanos, pero no del todo idénticos: *época clásica*, latín *literario*, etc. La diferencia entre *latín clásico* y *época clásica* es evidente: el primero es un concepto lingüístico, el segundo es un concepto literario; de la existencia de un latín *clásico* nadie duda, pero el concepto de *época clásica* es cuestionado (2). Por lo demás, incluso no hay acuerdo entre los diferentes especialistas respecto a la cronología aplicable al latín clásico (3). Pero tampoco tiene demasiada importancia, pues, aparte de que tales divergencias muchas veces tienen su raíz en puntos de vista literarios diferentes, en general se está de acuerdo en que el latín *clásico* es ligeramente anterior en prosa que en poesía (4).

Frecuentemente se considera el latín como una lengua unida e inmutable. Pero tal idea no es más que una ilusión producida por el latín *literario*, que durante varios siglos parece haber conservado la misma estructura general (5). Este latín visto así es el utilizado por la literatura romana: un latín de lujo, que debe mucho al aparato del foro y del senado, un latín con gran refuerzo de figuras retóricas, de periodos sabiamente combinados y de cláusulas métricas (6). ¿Es este latín el llamado *clásico*? No del todo. Evidentemente el concepto de latín *clásico* también debe abarcar el habla cuidada de las capas altas de la sociedad, refractarias a las concesiones y a los cambios de todo tipo. De lo contrario, estaríamos identificando el concepto de latín *clásico* con el de latín *escrito* de una determinada época, si por un momento se entiende por latín *escrito* exclusivamente el latín *literario*.

Cierto que un habla tal, arquetípica, estereotipada, daría la impresión de estar delimitada como por una camisa de fuerza, ya que, como dice Quintiliano (7), "hablar latín es una cosa y hablar la gramática, otra". Pero también es cierto que el latín *escrito*, incluso el de los mejores escritores (8), de cuando en

(2) J. BAYET, *Literatura latina*, 1966, Barcelona, pág. 214, donde dice: "Mas no puede hablarse de una *época clásica*: en un momento determinado una literatura ofrece, al lado de los clásicos, sus epígonos e innovadores. Sólo existen *autores clásicos*, o incluso a veces *obras clásicas*..." (traducción de Andrés Espinosa Alarcón).

(3) Cf. V. VÄÄNÄNEN, *Introducción al latín vulgar* 1971, Madrid, pp. 36-39, frente a P. BOUET, D. CONSO y F. KERLOUËGAN, *Initiation au système de la langue latine*, 1975, París, p. 26.

(4) F. STOLZ, *Historia de la lengua latina*, 1961, México, pp. 95-99.

(5) V. VÄÄNÄNEN, *op. cit.*, p. 26.

(6) V. VÄÄNÄNEN, *ib. cit.*, pp. 39-40. F. STOLZ, *op. cit.*, pp. 95-96.

(7) *Inst. Or.* I, 6, 27.

(8) Cf. CICERON en su *Correspondencia*, donde gustar de usar giros populares y palabras cotidianas.

cuando se permite sus libertades, vulgarismos en definitiva, y no por eso en lo demás deja de ser clásico. ¿Qué el latín escrito, el literario, actuó de freno a la evolución de la lengua hablada? Sin duda la lengua latina se nos muestra suavizada por el trabajo de los poetas (9). Con mayor razón, pues, cabe pensar que la lengua hablada por las capas altas de la sociedad, sin dejar de ser *clásica*, haría concesiones, y más que la lengua *escrita*. Pero eso no cambia las cosas, a no ser que se esté de acuerdo en hacer caso omiso de conceptos plenamente vigentes de la lingüística actual.

En resumen, el concepto de latín *clásico* incluye por sí mismo el latín *hablado* de una manera cuidada, no sólo el latín *literario*, que, juntamente con el latín *no literario*, conforma el concepto de latín *escrito*. En este caso, claro está, en cuanto conceptos referidos a un determinado espacio cronológico.

Por lo demás, ningún filólogo serio podría ver el latín *clásico* como lengua *distinta* del latín *vulgar*: simplemente se trata de dos formas particulares de una misma lengua. A este respecto está totalmente fenecido el parecer de los neogramáticos, quienes consideraban el latín *clásico* y el latín *vulgar* como dos idiomas diferentes, siendo los romanistas quienes a comienzos del s. XX hicieron ver lo erróneo de tal afirmación (10).

\* \* \*

Al abordar la problemática del llamado latín *tardío*, tan importante como su caracterización es, al menos el punto de vista histórico, determinar cuándo comienza y cuándo acaba.

Sin duda Tácito es el último gran representante de la tradición literaria romana. Apuleyo, nacido ca. 125, posee ya un estilo diferente. Esto ha servido para marcar el inicio del latín *tardío*. Pero, como opina E. Löfstedt (11), hacer arrancar el latín *tardío*, con Apuleyo, Aulo Gelio y Frontón o, lo que quizás es más plausible, retrasarlo a la época de Tertuliano, es decir, a poco antes del año 200, es una cuestión de terminología más bien que de sustancia. Y es que en el mundo del lenguaje no hay transiciones repentinas, sino desarrollo lento y gradual. Respecto a la fecha final del latín *tardío*, el ya citado E. Löfstedt (posiblemente la mayor autoridad en la materia) y el Thesaurus Linguae Latinae consideran el año 600 como fecha bastante aproximada. La verdad es que decidir cuándo finalizó el latín *tardío* es una cuestión harto complicada y controvertida. Pero evidentemente es válida la observación de D. Norbert (12), quien dice que antes del 600 el habla popular puede ser llamada latín, romance des-

(9) J. BAYET, *op. cit.*, 28.

(10) J. HERMAN, *Le latin vulgaire*<sup>2</sup>, 1970, París, pp. 14-15.

(11) E. LÖFSTEDT, *Late latin*, 1959, Oslo, p.1.

(12) D. NORBERG, *Syntaktische Forschungen auf dem Gebiete des Spätlateins und des frühen Mittellateins*, 1943, Upsala, p. 21.

pués del 800.

Dentro del período abarcado por el latín *tardío*, la lengua escrita culta y la lengua hablada de las clases bajas muestran ya diferencias significativas. Ahora bien, tales diferencias no deben exagerarse, como hace F. Lot (13), quien afirma que probablemente en tiempos de Diocleciano y Constantino, y sin duda durante el s. V, había dos lenguas, la del pueblo, hablada en la inmensa mayoría del Imperio, y la de la aristocracia. Es muy difícil aceptar tal punto de vista. Se puede aceptar que los norteafricanos, cuya lengua nativa era el púnico, no pudiesen entender los sermones de S. Agustín, muy retóricos. Pero se trata de un caso particular, insuficiente para impugnar el carácter del latín como una lengua viva en la época en cuestión (14). No se puede negar que en un Imperio tan vasto y con una población muy heterogénea, a pesar del buen sistema de comunicaciones y de la acción centralista de los emperadores, existiesen particularidades locales de habla (15). Pero de eso a hablar de lenguas distintas hay un trecho.

Pero en esencia, ¿qué es el latín *tardío*? Es un latín en el que se siguen las reglas del latín *clásico* en la medida que los conocimientos lo permitían. En líneas generales, el latín literario y gramatical va descendiendo lentamente, pero claramente, hasta acabar siendo latín más o menos bárbaro (16). Ahora bien, en su etapa puramente romana el latín *tardío* significa una reacción o incluso un retorno a los modelos clásicos, como se puede observar en Lactancio, Boecio, Amiano Marcelino, Claudiano y un largo etcétera.

Este latín así definido se caracteriza por sufrir diversas influencias, que evidentemente lo singularizan: la influencia cristiana; la griega, a su vez muy cristianizada; y la influencia del latín *tardío*, sin duda la más interesante desde el punto de vista lingüístico.

Por último, y para hacer justicia al latín de una época generalmente menospreciada (18), ¿cuál es la valoración exacta de los textos en latín *tardío*? Desde el punto de vista lingüístico, con repercusiones sociales, tales textos representan un latín de comunicación, una koiné superpuesta a las hablas populares, debida a varias razones que no hacen al caso.

(13) F. LOT, *A quelle époque a-t-on cessé de parler latin?*, "ALMA" (Bulletin Du Cange), 1931, pp. 93-159, principalmente p. 99.

(14) E. LÖFSTEDT, *op. cit.*, pp. 11-12.

(15) G. DEVOTO, *Storia della lingua di Roma*, 1940, Bologna, pp. 281-282.

(16) V. VÄÄNÄNEN, *op. cit.*, p. 39.

(17) E. LÖFSTEDT, *op. cit.*, pp. 14-15.

(18) Tal menosprecio es perfectamente observable en los manuales de literatura, sobre todo en los más básicos. Cf. L. ALONSO SCHOKFL, *Historia de la literatura griega y latina*, 1965, Santander, obra cuyo último autor citado es Apuleyo (!). Cf. también L. LAURAND y A. LAURAS, *Littérature latine*<sup>14</sup>, fasc. V del "Manuel des études grecques et latines", 1965, París, donde a Amiano Mardelino se le despacha en diez líneas. Incluso

La expresión "latín *vulgar*", usada por primera vez por H. Schuchardt (20), se ha afianzado de tal manera entre los estudiosos de filología latina, que ya es definitivo. Y ello a pesar de que se ha discutido y discute bastante su imprecisión y alcance.

Generalmente la expresión "latín *vulgar*" se considera poco acertada, dado su matiz peyorativo, aparte de que no responde con exactitud a la realidad lingüística. Por ello se han propuesto otras denominaciones, como latín *popular*, latín *familiar*, latín *cotidiano*. También existen denominaciones como *romance común* o *protorromance*, que no nos sirven, porque "se aplican, por su parte, a una forma de lengua reconstituida y, por otra parte, excluyen el estudio de los fenómenos que forman parte del fondo popular del latín, pero que no han sobrevivido en romance" (21). Pero ninguna de las mencionadas propuestas han logrado desplazar la expresión "latín *vulgar*"; por lo que, aún lamentando su imprecisión e incluso impropiedad, hay que resignarse a conservar el término consagrado por H. Schuchardt.

La misma falta de acuerdo entre los estudiosos existe respecto al alcance que debe darse a la denominación "latín *vulgar*". El caso más extremo está representado por J.B. Hofmann (22), quien simple y llanamente niega el concepto de latín *vulgar*. Otros (23) aceptan de buena gana la existencia del latín *vulgar*, pero sin concebirlo de la misma manera. Una idea de lo espinoso de la cuestión nos la da el parecer de E. Löfstedt, quien dice: "... no se llegará nunca a definir el latín *vulgar* de una manera lógica, incontestable y apropiada" (24).

También aquí hemos de procurar una definición. Pero nuestro objetivo es más modesto: sencillamente exponer lo que tienen en común los diversos especialistas en el tema, marginando a priori el parecer de los comparatistas de fines del s. XIX con W. Meyer-Lübke a la cabeza. Esta exposición no está muy lejana de la expresada por J. Herman (25), tal vez porque también él persigue y logra

manuales más considerados, como el de J. BAYET, *op. cit.*, no citan a Sedulio, o dedican once líneas a Paulo Orosio.

(19) V. VÄÄNÄNEN, *op. cit.*, p. 52.

(20) H. SCHUCHARDT, *Vokalismus des Vulgärlateins*, 1966-68, Leipzig, III t.

(21) V. VÄÄNÄNEN, *op. cit.*, p. 29.

(22) J.B. HOFMANN, *El latín familiar*, 1958, Madrid, pág. XIII: "...nos ahorraremos el tener que habérmolas con el fantasma del Latín Vulgar... Latín Vulgar no puede ser para nosotros más que un epigrafe para la ordenación práctica del trabajo"; y pág. 7: "...el latín vulgar ni temporal ni geográficamente constituye un concepto unitario a nuestro alcance" (trad. de J. Corominas).

(23) W. Meyer-Lübke, H.F. Muller, C.H. Grandgent, C. Battisti, E. Pulgram, E. Löfstedt, R.A. Haadsma y J. Nuchelmans, G. Mohl, etc.

(24) E. LÖFSTEDT, *Syntactica*<sup>2</sup>, 1956, Lund, t. II, p. 355.

(25) H. HERMAN, *op. cit.*, pp. 14-18.

una definición aceptable para la mayoría.

Generalmente en la actualidad se conviene en definir el latín *vulgar* como la variante hablada del latín. Según esto, latín *vulgar* se opone a latín *escrito*, pero sin haber un abismo infranqueable entre ambos, como querían los comparatistas del s. XIX, ya que la lengua *escrita*, incluso la poética, sufre la influencia de la lengua *hablada* en mayor o menor grado. Por otra parte, lo dicho no implica una identificación de latín *vulgar* y latín *hablado*: no todas las variantes habladas son a la vez vulgares (26), dado que el latín *hablado* variaba según factores étnicos, sociales y cronológicos (27). En conclusión, latín *vulgar* es la lengua hablada de las capas sociales nada o poco influidas por la enseñanza escolar y por los modelos literarios (28). Ahora bien, tal definición no resuelve una serie de interrogantes a los que es preciso responder si se quiere tener una idea cabal de lo que es el latín *vulgar*.

En primer lugar está el problema de la cronología en latín *vulgar*. La fecha de arranque suele situarse en los períodos preclásico y, sobre todo, postclásico de la literatura latina, en el que sobresalen las inscripciones pompeyanas (29). El período arcaico no puede tenerse en cuenta, pues la lengua hablada procuró siempre evitar las particularidades de tal etapa (30). Mayor problema es decidir la época en la que el latín *vulgar, hablado*, dejó de ser usado para ceder su lugar a las lenguas provenientes de sí mismo. Aplicando un criterio *interno*, como es la desaparición de hechos estructurales específicamente latinos y la aparición de hechos estructurales específicamente romances (31) parece evidente que tales hechos duraron desde los s. III o IV a los s. VII - VIII, por lo que todo corte en el interior de este período en principio es arbitrario. Respecto a los criterios *externos*, el de la descomposición de la unidad Lingüística latina inclina a pensar que tal descomposición sería posterior a la caída del Imperio. Por último, el criterio *externo* basado en la comprensión de una lengua no se hace explícito hasta el concilio de Tours (813), en el que se hace expresa mención de la existencia de una lengua popular diferente del latín, así como de la incomprensibilidad de éste; de lo que se deduce que el latín dejó de ser lengua hablada en el transcurso del s. VII o, a lo sumo, muy a comienzos del s.

(26) Ya hemos expuesto nuestro punto de vista a este respecto al hablar del latín *clásico*, cf. *supra*.

(27) V. VÄÄNÄNEN, *op. cit.*, pp. 52-55. G. MOHL, *Introduction à la chronologie du latin vulgaire*, 1899, París.

(28) J. HERMAN, *op. cit.*, p. 16. C.H. GRANDGENT, *Introducción al latín vulgar*<sup>4</sup>, 1970, Madrid, p. 20. Etc.

(29) V. VÄÄNÄNEN, *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*, 1937, Helsinki.

(30) V. VÄÄNÄNEN, *Introducción al latín vulgar*, 1971. Madrid, p. 46.

(31) Cf. la transformación del vocalismo, las transformaciones del consonantismo (sensiblemente más tardías que las vocálicas), la paulatina ruina de la declinación clásica, etc.

VIII (32). Por supuesto que ya antes existirían diferencias menores; pero no lo suficientemente importantes como para poder concluir, como algunos pretenden (33), la desaparición de la unidad lingüística latina, del latín *hablado* en definitiva, desde el s. II o, a lo sumo, desde el s. III.

En segundo lugar está la cuestión de que, por principio, es imposible hablar de textos en latín *vulgar*: lo que existen son textos con vulgarismos. En efecto, de entre todo el legado latino sólo el "Satiricón" de Petronio trata de mostrar intencionadamente el habla natural de gentes sin instrucción; y aún en este caso habrá que tener los ojos bien abiertos a la caricatura y a la estilización. En los demás casos sólo hallamos testimonios lingüísticos accidentales, provenientes de "faltas" involuntarias debidas a la escasa cultura, a un desliz del autor, etc. También es posible que autores de primera línea, como Cicerón, Marcial, o el propio Horacio, hagan esfuerzos conscientes que por reproducir en sus obras la lengua *hablada*. He aquí en esquema las fuentes documentales del latín *vulgar* (34): 1) Fuentes literarias: a) autores latinos; b) tratados técnicos; c) textos cristianos; d) historias y crónicas a partir del s. VI; e) leyes, diplomas, cartas y formularios. 2) Fuentes epigráficas: a) inscripciones grabadas; b) inscripciones pintadas; c) inscripciones a punzón o carbón; d) tablillas de execración. 3) Fuentes gramaticales: a) gramáticos latinos; b) glosarios; c) lenguas romances.

En tercer y último lugar, siempre debe tenerse presente la imposibilidad de reconstruir el sistema gramatical del latín *vulgar*. Dado que estaba constituido por un conjunto de hechos complejos y en continua evolución, lo más que se puede lograr es hablar de tendencias evolutivas (35).

\*\*\*

En una panorámica histórica del concepto de latín *cristiano* llama la atención que sólo a partir del s. XIX se ha mostrado interés, e inicialmente no excesivo, por este tipo de latín. La primera obra que aborda el tema con la suficiente profundidad es ya de 1879 (36). Posteriormente, entre fines del s. XIX

---

(32) J. HERMAN, *op. cit.*, pp. 114-121.

(33) Cf. G. STRAKA, *Observations sur la chronologie et les dates de quelques modifications phonétiques en roman et en français pré-littéraire* "RLR" 71 (1953), pp. 247-306. En general, los que pretenden tal son romanistas partidarios de las teorías de la "neolingüística" o "geografía lingüística".

(34) V. VÄÄNÄNEN, *op. cit.*, pp. 40-49; J. HERMAN, *op. cit.*, pp. 27-35; C.H. GRANDGENT, *op. cit.*, pp. 23-24; V.J. HERRERO LLORENTE, *Introducción al estudio de la filología latina*, 1965, Madrid, pp. 131-138; C. BATTISTI, *Avviamento allo studio del latino volgare*, 1949, Bari, pp. 28-32; etc.

(35) V. VÄÄNÄNEN, *op. cit.*, p. 48; J. HERMAN, *op. cit.*, pp. 17-18.

(36) G. KOFFMANE, *Entstehung und Entwicklung des Kirchenlateins*, 1879, Breslau. Lo característico de esta obra es que basa su estudio en la lengua.

y los primeros años del s. XX, aparecen muchos estudios concretos sobre obras de autores cristianos. Pero fue E. Löfstedt, una vez más, quien estimuló estos estudios, y ello a pesar de que muchas obras suyas no lo son propiamente sobre el latín *cristiano*, sino sobre el latín *tardío* (37). No obstante, el impulso decisivo en el estudio del latín *cristiano* se debe a J. Schrijnen (38), quien inicialmente no considera el latín *cristiano* como lengua especial, pero posteriormente en 1932 (39) hace una declaración de método y principios, en los que se basarán las posteriores investigaciones de la escuela de Nimega por él fundada. Sus máximos continuadores son Chr. Mohrmann, P.J. Merx y H. Janssen. Todos ellos prestan más atención a las cuestiones semánticas que a las gramaticales, tal vez porque éstas sean menos exclusivas. Pero no por ello los hechos gramaticales son despreciados: la colección *Patristic Studies*, publicada desde 1922 por la "Catholic University of America", Washington, les dedica tanta atención como a la semántica.

El problema inicial que se plantea en el estudio del latín *cristiano* es el del alcance de su propia denominación. Ya J. Schrijnen distinguía entre latín *cristiano* (Christlatein) y latín *de la Iglesia o eclesiástico* (Kirchlatein): el primero, de acepción más general, designa el latín de los autores cristianos, por lo que el propio J. Schrijnen consideraba más ajustada la denominación latín *de los cristianos* que la de latín *cristiano*; el segundo, de sentido más restringido, y en cierto modo subordinado al primero, incluye el latín de la liturgia, del derecho canónico, de la teología, etc. Actualmente, y debido al avance de las investigaciones, dentro del latín *eclesiástico* se empieza a distinguir entre latín *bíblico*, *patristico* y *litúrgico* (41). Pero la aceptación de tales subdivisiones aún no es general.

En el latín *cristiano* se hace distinguir dos etapas claramente definidas: 1) el latín de los primeros cristianos; y 2) el latín cristiano de su segunda época, de tendencias clasicistas.

Para comprender el latín de los primeros cristianos hay que tener en cuenta que la nueva religión llegó con atuendo griego y a gentes humildes (42). Así se explica que tal latín estuviese plagado de expresiones y giros de la lengua popular, así como de elementos griegos o semíticos tomados en préstamo. Ló-

(37) E. LÖFSTEDT, *Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae*, 1911, Upsala; *Syntactica*<sup>2</sup>, 1956 (1. ed. de 1933), Lund, t. I, pp. 458-473; *Late Latin*, 1959, Oslo, pp. 68-87.

(38) La bibliografía completa de J. Schrijnen se halla en C.H. MOHRMANN, *Études sur le latin des chrétiens*, 1958-1965, Roma, p. 448. (recientemente se ha publicado el t. IV, que no hemos podido manejar).

(39) J. SCHRIJNEN, *Charakteristik des altchristlichen Latein*, "Latinitas Christianorum primaeva" I (1932), Nimega.

(40) J. SCHRIJNEN, *ib. cit.*

(41) *Seminario de latín no clásico*, 1979, Valladolid.

(42) L.R. PALMER, *Introducción al latín*, 1974, Barcelona, p. 187.

gicamente es un latín de talante abierto, decididamente opuesto al normativismo del latín culto y literario. Lo que más preocupaba en este latín era la exactitud e inteligibilidad. Pero, por otra parte, los primeros cristianos, corrientemente perseguidos, formaron casi una sociedad secreta. Ello originó un latín de argots, incomprendible en gran medida a los extraños; un latín que se fue diferenciando del latín común por aislamiento, aunque sin tratarse de un aislamiento absoluto.

Con el tiempo el cristianismo salió a la calle e impregnó en gran manera la vida romana. A partir de este momento, que se suele hacer iniciar en la segunda mitad del s. IV, se nota en la lengua cierto retorno a la antigua tradición romana y helenística, aunque sin por ello abandonar del todo los elementos específicamente cristianos adquiridos principalmente durante los dos primeros siglos (43). El resultado son obras de carácter más docto, como las de S. S. Jerónimo, Prudencio (quien incluso evita los términos específicamente cristianos), S. Ambrosio, etc. Este período, en cierto modo, entra más dentro del latín *patrístico* en particular que del latín *cristiano* en general.

El mayor problema que plantea el latín *cristiano* es el de su independencia lingüística respecto a otros tipos de latín y, en caso afirmativo, decidir hasta qué punto es realmente independiente. Son, en efecto, muchos los estudiosos para quienes las particularidades del latín *cristiano* no deben ser consideradas más que un apartado especial del latín *vulgar* o del latín *tardío*, según los casos. (44). El propio E. Löfstedt (45) muestra más o menos expresamente que muchas y diversas características del latín *cristianos* aparecen también en autores no cristianos del fin del Imperio.

No obstante, hay hechos que parecen evidenciar tal independencia. En efecto, al abordar la lectura de un autor cristiano uno se siente en un mundo nuevo: el latín *cristiano* se caracteriza por su predilección por el estilo figurado y por la afectividad de su vocabulario (46). Es en este aspecto del vocabulario en el que más insistió J. Schrijnen (47), al igual que sus continuadores. El fue quien acuñó los conceptos de "cristianismo directo" (término creado para ideas, objetos o instituciones referentes a la jerarquía eclesiástica) y "cristianismo indirecto" (término especial cristiano creado para designar algo no específicamente cristiano). También proceden de la escuela de Nimega los conceptos

(43) V. VÄÄNÄNEN, *op. cit.*, pp. 45-46.

(44) A este respecto hay obras que realmente plantean problemas. Así, la "Perigrinatio Aethiopiae" está llena de reminiscencias literarias, e igualmente ofrece muchos datos sobre la liturgia y el cristianismo de la época, a la vez que es considerada una de las obras más características del latín *vulgar*. Cf. el comentario de M.C. DÍAZ y DÍAZ, *Antología del latín vulgar*<sup>2</sup>, 1974, Madrid, p. 79.

(45) E. LÖFSTEDT, *Late Latin*, 1959, Oslo.

(46) A. BLAISE, *Manuel du latin chrétien*, 1955, Strasburg, pp. 12-13.

(47) J. SCHRIJNEN, *op. cit.*

de "cristianismo total" (término que *sólo* aparece en el latín de los cristianos) y "cristianismo parcial" (término que *sobre todo* aparece en el latín de los cristianos). En términos generales, el vocabulario especial del latín *cristiano* es una mezcla de muy diversos orígenes: grecismos (aquí entrarían los "cristianismos directos"), neologismos (donde se encuadrarían los "cristianismos indirectos"), hebraísmos y vulgarismos (48).

Ahora bien, en el dominio gramatical la independencia del latín *cristiano* respecto a otros tipos de latín parece aminorarse sensiblemente, para algunos incluso no existir (49). Desde luego, que aminora es un hecho, pues construcciones como el infinitivo final, *si* introduciendo interrogaciones indirectas, el giro *nescio quia*, etc., se encuentran ya, bien es verdad que excepcionalmente, en autores arcaicos o incluso clásicos. Otro tanto puede decirse del uso de la frase nominal pura (influencia bíblica), el empleo de *ad* + acusativo en lugar del dativo, el valor completivo de *quod* y *quoniam*, el uso de gran cantidad de compuestos preposicionales, el empleo del adjetivo en lugar del genitivo y del superlativo por el positivo, la hipercharacterización de muchos comparativos, etc. (50). Todas estas características, la mayor parte de las cuales también se encuentran en latín *vulgar* y en latín *tardío*, invitan a concluir que, si bien la gramática del latín *cristiano* apenas muestra peculiaridades propias, en conjunto ésta no guarda sumisión alguna a la gramática normativa del latín *clásico* o, al menos, en mucho menor grado que la generalidad del latín *tardío*.

\* \* \*

Después de la caída del Imperio Romano, lo mismo que antes, la historia del latín sigue surcando dos caminos paralelos, a veces intercomunicados. Por una parte, el latín *hablado*, el *vulgar*, siguió evolucionando de una generación a otra hasta dar origen a las lenguas romances. Por otra parte, el latín *clásico*, el *escrito*, siguió siendo el medio de expresión en las iglesias y en las escuelas, desembocando en el latín *medieval* (52). Según esto, el latín *medieval* es la continuación normal del latín *clásico* en la forma evolucionada que presenta en la baja latinidad, o sea, del latín *tardío* (53). Paralelamente sufrió también la in-

(48) Un buen resumen sobre el vocabulario del latín *cristiano* se encontrará en V.J. HERRERO LLORENTE, *op. cit.*, pp. 175-178.

(49) Tal es la opinión de A. BLAISE, *op. cit.*, pág. 13: "Auparavant reconnaissans que l'originalité du latin chrétien pourrait difficilement se déceler dans le domaine grammatical".

(50) V.J. HERRERO LLORENTE, *op. cit.*, pp. 175 y 179; L.R. PALMER, *op. cit.*, pp. 190-191.

(51) Evidentemente esta conclusión no es válida, a no ser en un pequeño grado, para los S. Agustín, S. Jerónimo y otros Santos padres de la segunda etapa del latín cristiano.

(52) D. NORBERG, *Manuel pratique de latin médiéval*, 1968, París, p. 13.

(53) K STRECKER, *Introduction à l'étude du latin médiéval*, 1933, Gand, pp. 10-13

fluencia del latín *cristiano*, sobre todo del *patrístico* y *bíblico*, siendo esta impropria la que diferencia tan claramente el latín *medieval* del latín *clásico* y del *humanista*. Igualmente sufrió la influencia del latín *vulgar*, como claramente lo muestra el latín merovingio (54) y el de los documentos notariales en general (55).

Sin duda, el estudio del latín medieval es de un interés primordial, pues fue vehículo de una vida cultural intensa durante mucho siglos. Sin embargo, hasta hace poco menos de un siglo se despreciaba el estudio de latín *medieval*. Fueron W. Meyer y L. Traube (56) los primeros que advirtieron su importancia e interés. Actualmente son ya numerosos (57) los investigadores dedicados al estudio del latín *medieval*. Tal estudio implica una sólida preparación en los problemas de la filosofía clásica, aunque a la vez precisa de una filología con métodos propios y con medios auxiliares diferentes de los del latín *clásico*. En latín *medieval* el trabajo por hacer es realmente inmenso, y eso que lo hecho ya es mucho. En España sobresale la magnífica labor del profesor Díaz y Díaz (58). También se debe citar el *Glossarium mediae latinitatis Cataloniae*, empezado a realizar bajo la dirección del fenecido M. Bassols de Climent (59). Fuera de España, en cuanto a ediciones, sobresalen la *Patrología* de Migne (60), el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* y los *Monumenta Germaniae Historica*. Todo ello aparte de muchas obras importantes e imprescindibles para cualquier medievalista, pero nunca suficientes (61).

---

(trad. al francés por Paul van de Woestijne).

(54) Cf. J. PIRSON, *Le latin des formules mérovingiennes et carolingiennes*, "RF" 26 (1909), pp. 837-944; J. VIEILLARD, *Le latin des diplomes royaux et chartes privées de l'époque mérovin giennne*, "Bibliothèque de l'école des Hautes Etudes", fasc. 251, 1927, París.

(55) J. BASTARDAS PARERA, *El latín de la Península Ibérica: El latín medieval*, "ELH", 1959, Madrid, t. 1, pp. 269-290.

(56) W. MEYER, *Fragmenta Burana*, 1901, Berlín; *Gesammelte Abhandlungen zur mittellateinischen Rhythmik*, 1905-1936, Berlín, t. I-III; etc. L. TRAUBE, *Einleitung in die lateinische Philologie des Mittelalters*, 1902-1903 (publicada después de su muerte por F. BOLL en *Vorlesungen und Abhandlungen*, Munich, 1911, t. II).

(57) Numerosos pero insuficientes.

(58) De su abundantísima bibliografía sobresale el *Index Scriptorum Medii Aevi Hispanorum*, 1959, Madrid, por cuanto que esta obra recoge cronológicamente las obras en latín *medieval* hispano escritas entre el 500 y el 1350.

(59) Desgraciadamente esta obra se paró apenas iniciada, parece ser que por falta de fondos.

(60) J.P. MIGNE, *Patrologiae cursus completus*, vol. 1-221 (Series latina), editada en 1844-1855.

(61) En K. STRECKER, *op. cit.*, se dispone de una abundantísima bibliografía al respecto; e igualmente en G. CREMASCHI, *Guida allo studio del latino medievale*, 1959, Padua. Un básico resumen sobre estudios de latín *medieval* se halla en V. J. HERRERO LLORENTE, *op. cit.*, pp. 143-148.

En los dos puntos anteriores hemos delimitado el *latín medieval* respecto a otros tipos de latín y expuesto la situación actual de su estudio. Toca ahora definir en qué consiste el latín *medieval*. Esto no es fácil, puesto que cada especialista tiene respecto al latín *medieval* su propio punto de vista, que generalmente depende del campo de estudio al que se dedique. Así, L. Traube (62) considera el latín *medieval* una lengua muerta, pero no invariable, comparándolo a un cadáver cuyas uñas y cabellos siguen creciendo, según la tradición popular. E. Löfstedt (63) carga las tintas en el hecho de que el latín *medieval* es una continuación del latín tardío. J. Bastardas (64) subraya el hecho de que el latín *medieval* es una lengua aprendida, sin sujetos hablantes espontáneos. Y así sucesivamente. No es exactamente que sus opiniones difieran. Pensamos que, más bien, se complementan. Ante tal situación, es vano intentar una definición a la vez escueta y completa, pues de lo contrario no habría más remedio que aceptar la irónica definición de M.C. Díaz y Díaz (65), según la cual el latín *medieval* es todo el latín escrito desde el s. V, VI o VII (!) hasta el final de la Edad Media, o sea, el latín de unos mil años (!): definición bien pobre, pero que, en cuanto definición escueta, no la hay ni puede haber mejor. Por ello, lo más adecuado será enumerar una serie de *características* sobresalientes del latín *medieval*. Una vez enumeradas, que cada cual saque sus consecuencias.

a) El latín *medieval* es una lengua no soportada por una comunidad de hablantes.

b) Realiza una función de cohesión en la expansión del cristianismo y de la cultura cristiana. Esto ya lo vio de forma clara Carlomagno, quien dio auge a las escuelas, donde se aprendía y hablaba latín (66).

c) El latín *medieval* fue una lengua de cultura, usada por la comunidad intelectual. En aquella época todo hombre que quisiera tener acceso a la cultura había de saber latín, además de su lengua materna. Precisamente una de las maravillas del latín *medieval* es que, con el cristianismo, se extendió incluso más allá de lo que había sido el Imperio Romano: Irlanda, Inglaterra, Ungría, Polonia, Suecia, Noruega, etc (67). El s. XIV es el de máximo esplendor del latín *medieval*, el siglo en el que toda Europa escribe en lengua latina.

d) El latín *medieval* es una lengua dinámicamente viva. No sólo en el campo del léxico, pero sobre todo en él. En este aspecto su capacidad de creación

(62) L. TRAUBE, *op. cit.*

(63) E. LÖFSTEDT, *Vermischte Studien zur Lateinischen Sprachkunde und Syntax*, 1936, Lund, p. 7.

(64) J. BASTARDAS PARLERA, *op. cit.*, p. 251; *Particularidades sintácticas del latín medieval (Cartularios españoles de los siglos VIII al XI)*, 1953, Barcelona, p. XXVIII.

(65) M.C. DIAZ y DIAZ, *El latín medieval* (conferencia), "Seminario de latín no clásico", 1979, Valladolid. (Inédita).

(66) D. NORBERG, *op. cit.*, p. 50.

(67) D. NORBERG, *ib. cit.*, pp. 43-49 y 91-92; C. CRLMASCHI, *op. cit.*, pp. 98-99.

(68) y, en consecuencia, su riqueza léxica son muy superiores a la del latín *clásico*. Por otra parte, no hay lengua, ni siquiera la de la filosofía griega, que llegue a la capacidad de abstracción del latín escolástico: cf. *haecceitas, quodlibetalis*, etc.

e) No cabe pensar que el latín *medieval* es una degeneración del latín *clásico*: no es mejor ni peor que éste, sino simplemente *distinto*. No se debe adoptar ninguna actitud comparativa entre ambos, o, al menos, no deben compararse considerando bueno el latín anterior y malo todo lo referente al latín *medieval*.

f) Lingüísticamente el latín *medieval* tiene un sistema rígido, mucho más rígido que el latín anterior. Tal rigidez le proviene de la suma de unos cuantos cánones literarios. Pero, por otra parte, en el estudio del latín *medieval* ha de tenerse en cuenta que sufre, como es lógico, el impacto de cada lengua hablada, sea o no romance; y viceversa (69).

g) El latín *medieval* sufrió una serie de influencias: del latín *vulgar, tardío* (del que en cierto modo es una continuación), *cristiano*, etc. (70). Pero se trata de influencias profundas y cotidianas, tales que se convirtieron en algo propio del latín *medieval*. Por eso, más que de *influencias*, debemos hablar de *incorporaciones*.

h) Por último, desde el punto de vista lingüístico son características fundamentales del latín *medieval*: 1) el orden de palabras rigurosamente distinto del latín *clásico*; 2) su gran cantidad de vocabulario no clásico; 3) la presencia de elementos expresivos propios de las lenguas romances o incluso extrañas; etc.

Resta por exponer lo referente a la cronología del latín *medieval*. En cuanto al momento final, lógicamente coincide con el Renacimiento, en el que irrumpe con fuerza el Humanismo con su "neoclasicismo no amanerado" (71). En cuanto al momento inicial del latín *medieval*, evidentemente ha de coincidir, aunque siempre hay un "interregno", con el momento final del latín *tardío* y con la aparición de las lenguas romances (72). No se trata, claro está, de una fecha exacta, sino aproximada. En líneas generales, podemos empezar a hablar del latín *medieval* desde el momento en que se tuvo conciencia de que el latín era una lengua aprendida (72), lo cual varía para cada pueblo.

(68) D. NORBERG, *op. cit.*, p. 92.

(69) G. CRIMASCHI, *op. cit.*, pp. 99-100.

(70) K. STRICKER, *op. cit.*, pp. 10-13.

(71) M. BRAVO LOZANO, *El Latín humanista* (conferencia), "Seminario de latín no clásico", 1979, Valladolid (Inédita).

(72) Cf. *supra*.